

MAYOLICA DEL SIGLO XVI

LA industria que dió origen al desarrollo y perfeccionamiento que alcanzó en Italia la fabricación del género de loza conocido generalmente con el nombre de *mayólica*, tuvo su origen en nuestro país, durante el más brillante período de la dominación sarracena.

Sabido es que los árabes, cuya civilización especial, y muy particularmente en lo que toca a nuestra Península, aún no se ha estudiado bien, fueron hábiles e ingeniosos alfareros. En las muestras que nos han dejado de tierras cocidas y bañadas, ya en forma de jarros, fuentes y platos, como en sus inimitables azulejos, puede decirse que se encuentran los gérmenes de la fabricación de estos productos de la industria cerámica, que más tarde, y al desenvolverse en Italia bajo la influencia de los grandes artistas del siglo XVI, adquirieron formas tan hermosas, enriqueciéndose en estructura y color hasta

el punto de constituir las que hoy se conservan verdaderas joyas, dignas de estimación, no sólo por su antigüedad, sino por su mérito indisputable.

No cumple a nuestro propósito detenernos a referir cómo se importaron a Italia las primeras muestras de esta industria, merced a la pasajera irrupción de los pisanos en la isla de Mallorca, célebre a mediados del siglo XII, en que tuvo lugar este acontecimiento, por sus muchas y renombradas alfarerías. Bástanos consignar que los etimologistas dan este origen al nombre de *mayólicas*, o mallorquinas, con que han llegado hasta nosotros sus productos.

Tampoco entraremos a detallar las vicisitudes por que pasaron las mayólicas durante la Edad Media, hasta que en la mitad del siglo XVI, en la famosa fábrica de Urbino, llegaron al más alto grado de perfección, no tanto en los esmaltes y barnices, que en algunas otras fábricas se empleaban muy superiores, como en la forma y ornato que constituyen su especialidad. Aun los más sabios coleccionistas dudan a menudo de la procedencia fija de las mayólicas, subdividiéndolas para su clasificación y orden, en épocas, escuelas y grupos; pues si bien es

verdad que algunas ostentan las marcas de fábrica o de sus autores, éstas no suelen ser siempre las mismas, y hasta respecto de las contraseñas e iniciales reina extraordinaria confusión, equivocándose a menudo con las de otros que habitaron diferente localidad y pintaron en diversos tiempos.

No obstante, la carencia de datos que origina dudas en los que proceden de buena fe, es costumbre general referir aquéllas en que más directamente se nota la influencia de la escuela de Rafael, a la famosa fábrica de Urbino; no faltando quien se enorgullece, creyéndose poseedor de mayólicas trazadas y pintadas por mano de aquel grande artista.

La crítica juiciosa no ha admitido, y con razón, esta especie como cierta. Aunque la valentía y corrección con que están trazadas las figuras que adornan ciertas mayólicas, y la grandiosidad y disposición del asunto de sus cuadros pudieran hacer sospechar que habían tomado parte en ellas pintores de profundos conocimientos y fama, esta particularidad se explica sabiendo que, durante su mejor período, se modelaron y pintaron conformes a dibujos obra de Rafael y de algunos de sus mejores discípulos y continua-

dores, entre los que debemos mencionar muy particularmente al célebre Marco Antonio.

La mayólica que se conserva en el Museo Nacional de Escultura de Madrid es sin duda de las obras más notables en su género, hasta el punto que, si alguna pudiera suponerse obra de Rafael, ésta es desde luego la que más condiciones reúne para justificarlo. La elegante disposición del contorno, la corrección del dibujo y las grandiosas formas de las caprichosas figuras que la embellecen, la gracia y la ligereza de las figurinas y adornos que componen el grotesco de la orla, junto a la magistral composición del asunto que llena el fondo, nos hacen presumir que pertenece al número de las que se produjeron en el más brillante período de la fábrica de Urbino, con arreglo a dibujos y traza de Marco Antonio, de cuyas obras tiene toda la belleza y el carácter.

Esta magnífica mayólica, que, según dejamos dicho, se guarda con gran estimación en el Museo Nacional de Escultura, estuvo hasta no hace muchos años en la botica de la Real Casa, dedicada a los servicios usuales en esta clase de establecimientos. El inteligente artista y pintor de cámara don José Madrazo, que tan activa parte tomó en la

formación de nuestros Museos, la sacó del sitio en que permanecía olvidada y desconocido su mérito, para colocarla donde hoy sirve de admiración y enseñanza, no sólo a los aficionados a este género de obras, sino a cuantos entienden algo de arte y pueden apreciar en lo que valen las condiciones de elegancia y corrección que reúne.

ESCENAS DE MADRID

LA HORCHATERÍA

TOLOS los comercios, todas las industrias y oficios tienen sus alternativas; sus buenas y malas épocas. Hasta la literatura sigue estas oscilaciones; pues, según el don Eleuterio de Moratín, las comedias, como los besugos, varían de precio en verano.

El quid de la dificultad consiste en encontrar algo que pueda adaptarse a todas las situaciones y temperaturas, o aliar de tal modo dos o más comercios que alternen según la estación del año. Y este difícil problema lo han resuelto en Madrid los valencianos, que en invierno nos abrigan los pies con las esteras, y durante el estío nos refrescan el estómago con la horchata.

En el almacén de felpudos y esteras de esparto está el despacho de horchata de chufas y agua de cebada y limón, como la mariposa dentro de la crisálida. Durante el invierno, se le ve obscuro y frío, con las paredes vestidas de rollos de pleita, y un valen-

ciano de cara fosca que ajusta su mercancía con los criados de la casa, los porteros de las oficinas y las amas de huéspedes, sus ordinarios marchantes; pero pasa la primavera, se acentúa el verano, la mariposa rompe su cárcel y se transforma el establecimiento.

A las esteras de color sombrío, suceden las de paja color de oro, rojas y verdes, colocadas con arte y simetría. El portal se engalana con las tradicionales cortinas de percal encarnado con rauda blanca; se multiplican las luces, salen de no sé dónde las mesas blancas y redondas; ocupa su trono la enorme garrapiñera, y el valenciano huye al fondo de la tienda para dejar paso a tres o cuatro lindísimas valencianas pálidas, morenas, y de grandes ojos negros, que templan y previenen el excesivo enfriamiento que pudiera producir el abuso de la horchata.

II

LA PLAZA MAYOR

TEATRO de grandes acontecimientos políticos, de fiestas y ceremonias públicas, la plaza Mayor de Madrid tiene una larga e interesante historia, demasiado conocida para que nosotros nos detengamos a trazar de nuevo sus páginas. El pincel y el buril nos han ofrecido también en diversas épocas los rasgos de su particular fisonomía, ya se levantara en su ámbito el cadalso para la ejecución de un poderoso valido, ya coronaran sus arcadas las damas y galanes, espectadores de una fiesta real, u ocupara los estrados y graderas el imponente Tribunal de la Inquisición, en algunos de sus famosos autos de fe. El siglo XIX, que no se encontraba bien moviéndose dentro del círculo severo de arcos y edificios de altas torres, con chapiteles de pizarra obscura, trasuntó fiel de la triste época a que se debe la última reedificación de esta plaza, creó la Puerta del Sol, en un principio estrecha e irregular, pero llena de

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

movimiento y vida, que forman contraste con el abandono en que desde este punto quedó aquel histórico recinto.

Como un recuerdo de su grandeza pasada, aún en las últimas bodas reales se jugaron cañas y se corrieron toros donde hoy admiramos más bien que la belleza de la estatua de Felipe III, el inconmensurable abdomen del caballo que la sustenta, por sólo esta particularidad famoso; pero el Municipio, comprendiendo al fin que la romántica y caballescaca historia de este sitio había llegado a su término, lo ha embellecido con jardines, fuentes y asientos, entregándolo en esta forma a la explotación de los soldados, amas de cría y niñeras, sus habituales concurrentes.

POZO ÁRABE DE TOLEDO⁽¹⁾

(1) Este artículo lo escribí Bécquer glosando un dibujo de su hermano Valeriano. (NOTA DEL RECOPIADOR.)

EL pozo cuyo dibujo pueden ver los lectores de LA ILUSTRACIÓN en sus columnas es un precioso ejemplar de los productos de alfarería de los árabes toledanos.

En la calle de San Ildelfonso, y próximo a la capilla levantada sobre el mismo terreno en que es tradición vino al mundo el célebre arzobispo de Toledo, hay un pequeño jardín hecho sobre el solar de una antigua casa.

En el extremo de este jardín existía, desde hace mucho tiempo, un pozo cuyo informe brocal presentaba el aspecto de un mal trazado círculo de ladrillos revestido de argamasa oscura. Al tratar de destruirlo, apareció debajo de la grosera corteza que lo envolvía el que es objeto de nuestra ilustración, que por su sencillez y elegancia constituye un ejemplar digno de estudio del arte árabe español.

Este hermoso brocal es de tierra roja cocida y bañada, y su adorno lo forman dos

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

grecas, por entre las cuales corre rodeándole una magnífica inscripción en caracteres cúficos ornamentales. La inscripción y la greca son verdes y destacan por el color y el alto relieve que presentan sobre el fondo blanco mate del brocal.

Escurpulosamente copiada, damos aparte la inscripción con un doble objeto: el de que los orientalistas la estudien y la traduzcan, si es posible, toda vez que ya algunos verdaderamente dignos de este nombre, a quienes hemos acudido, hallan bastante difícil la empresa, y el reproducir un hermoso modelo de caracteres cúficos empleados en la época que podríamos llamar clásica de la arquitectura árabe española, de los cuales se encuentran raras inscripciones, no recordando nosotros ninguna en que sólo la letra, sin combinarse con otros extraños a su configuración, forme un adorno tan rico, tan elegante y completo.

El señor don Francisco Hernández, vecino y propietario de Toledo, y dueño del jardín en que hasta ahora ha existido el pozo que nosotros hemos tenido ocasión de copiar en el mismo punto donde se encontró, lo ha regalado últimamente al Museo de aquella ciudad, dando así una prueba de generoso desprendimiento y de amor a las artes.

A LA MEMORIA DE MIGUEL
DE CERVANTES

LARGO tiempo se han buscado con verdadero afán los restos mortales del autor del *Quijote*. Sabíase que en cumplimiento de una de sus últimas disposiciones habían sido sepultados en el convento de monjas Trinitarias de Madrid; pero en vano corporaciones y particulares han practicado en diferentes épocas las diligencias más exquisitas, a fin de conocer el preciso lugar de su enterramiento.

Al agitarse recientemente la idea de erigir un panteón nacional que guardase los despojos de nuestros varones más insignes en ciencias, armas y letras, los entusiastas y numerosos admiradores del incomparable escritor a quien debe España la más brillante de sus glorias, tornaron a buscar datos, inquirir noticias y practicar diligencias para dar con su ignorada sepultura; más todo fué así mismo inútil.

Sabiendo, como de ello se tiene certidumbre, que yace en las bóvedas de la iglesia de Trinitarias, lo natural era dejarse de infructuosas pesquisas, considerar el templo todo como tumba apenas bastante a contener tan inmensa gloria, y colocar en sus muros un epitafio.

Esto es lo que ha hecho la Academia de la Lengua, mereciendo bien de cuantos se complacen en ver honrados, aunque tarde, la virtud y el talento.

Encargado el distinguido escultor don Ponciano Ponzano de ejecutar esta obra, pobre tributo que una corporación literaria, la cual cuenta con limitados medios, rinde al autor de *El Ingenioso Hidalgo*, ha sabido reunir la sencillez a la nobleza de las formas y proposiciones, dándole con gran arte, a una modesta lápida la importancia que requiere cuando ésta se dedica a conmemorar tan famoso nombre.

Este monumento se inauguró asistiendo al acto la Academia de la Lengua en corporación y gran número de literatos y personas distinguidas entusiastas admiradores de Miguel de Cervantes Saavedra. Nosotros, que de

todas veras nos asociamos al pensamiento de la Academia, rendimos en estas líneas un tributo de admiración al gran novelista, y damos nuestros plácemes a la corporación literaria.

NOTA DEL RECOPIADOR.—Este artículo se publicó acompañado de un dibujo de Valeriano Bécquer.